

«ESE VENTO QUE VAI SÓBOR DA TERRA». A VIDA DESMEDIDA DE BASILIO ÁLVAREZ

MIGUEL CABO VILLAVERDE

OURENSE, DEPUTACIÓN DE OURENSE, 2023, 351 PÁGINAS, ISBN: 978-84-16643-54-7

Miguel Cabo ha escrito una magnífica biografía sobre Basilio Álvarez, y esto debería bastar como carta de presentación. Pero tiene un «problema» extraño: está escrita en gallego y, creo, la supuesta barrera idiomática desanimará a muchos. El problema no debería serlo, porque una asunción de la realidad lingüística patria tendría que haber generado acuerdos educativos que facilitasen aprender las lenguas que comparten espacio con el castellano. Sería una buena forma de hacer país. Además, la barrera resulta endeble: castellano, catalán y gallego (el euskera es otra cosa) comparten una raíz latina que facilita su lectura. Y es que sería una pena que se perdiessen a Basilio Álvarez, un personaje singular, contradictorio, apasionante, desmesurado, único e inimitable.

Basilio fue muchas cosas en su vida (1877-1943). Sacerdote, periodista, escritor, propagandista agrario, político, abogado, orador, exiliado..., además de padre de dos criaturas y único cura gallego suspendido *a divinis* por el Vaticano. Pasó raudo del agrarismo reivindicativo de retórica exaltada a apoyar la dictadura de Primo, lo que no le impidió formar luego en el partido radical de Lerroux y ejercer de adalid de la República, hasta acabar sus días como exiliado cercano al galleguismo no nacionalista. Cabo se ha enfrentado al mito que envuelve su figura. Lo que ha quedado en la memoria popular es la imagen de un hombre desaforado, violento, hiperbólico, contradictorio, exagerado de palabra y acción: un cura que predicaba la violencia en circunstancias concretas, casi un nuevo Cristo fustigador de mercaderes. Como en toda construcción mítica hay un fondo de verdad que la sustenta, y el trabajo de Miguel Cabo ha sido separar el grano de la paja y ofrecer una interpretación despojada de las adherencias más estrambóticas —pero sin ignorarlas en su representatividad— y ofrecernos al actor histórico en su dimensión más real. No es fácil, porque lo que sabemos de su hacer político es inversamente proporcional a lo poco que transcendió de su privacidad, más allá de los escándalos que provoca una vivencia del sacerdocio fiel al dogma pero alejada de la castidad y la mansedumbre, porque nunca fue de ofrecer la otra mejilla y sí de practicar el ojo por ojo.

De Basilio conocíamos bien su etapa como líder agrarista en Acción Gallega, pero menos de sus andanzas bajo la Dictadura primorrivista, de sus años como diputado en la II República o de su condición de embajador informal de Galicia en Madrid gracias a sus excelentes contactos, reclutados entre todas las sensibilidades políticas disponibles en cada momento, quizás porque el alejamiento del terruño activa las solidaridades étnicas y desarma las diferencias ideológicas. Su trayectoria puede dividirse en tres momentos: hasta 1923, entre 1923 y 1930 y, finalmente, los años de la II República que tienen continuidad en el exilio.

Con apenas 30 años llega a Madrid como joven sacerdote, obligado a situar quilómetros de por medio por supuestas aventuras sexuales galaicas. Aquí desarrolla una faceta como periodista, que nunca abandonará, con la dirección de *El Debate*, un periódico católico en que su estilo directo, polémico y dado al enfrentamiento que bordea el insulto, deja impronta. En sus posteriores aventuras periodísticas —*Acción Gallega, El Heraldo Gallego, El Parlamentario, La Zarpa*— el tono será el mismo o, incluso, más acentuado. Basilio se mueve ágil en el magma político capitalino, labra aliados heterogéneos y actúa como introductor de compatriotas llegados a la capital. Su presencia en los espacios culturales gallegos será constante, hasta casi colonizarlos en los años de la dictadura primorrivista, y los usa como plataformas para proyectar su imagen pública —y, según algunos, para promover juegos ilegales—. De personalidad volcánica, protagoniza situaciones que, más que dibujar un personaje, crean una leyenda que acabará por fagocitarlo y jibarizarlo hasta la caricatura. Como dice Cabo, esta incapacidad para controlarse a quien más perjudicó fue a él mismo, porque Basilio son sus salidas de tono y sus agresiones, pero no solo por más que una memoria parcial y escorada hacia lo estrambótico se complazca en destacarlas.

Su ámbito predilecto de actuación son los mítines que protagoniza en Galicia y, no pocos, fuera de ella. Auténticas *performances*, apariciones teatralizadas con la sotana siempre presente —igual que en las actuaciones como parlamentario—, aquí pasea su oratoria inflamada, incisiva y populista con ataques al cacique, a la renta foral, al centralismo y a la ciudad parásita, que contrapone al buen campesino, al «verdadero» pueblo, que si hasta el momento ha sufrido la situación, ahora los tiempos son llegados de alzarse e iniciar su redención vía asociacionismo agrario —Acción Gallega, CRAG— y sufragio en apoyo de candidatos propios. Por primera vez la política moderna, mitinera y masiva se enseñorea del campo gallego con un individuo que grita soflamas incendiarias, que apela a los presentes como ciudadanos y les ofrece abandonar la mansedumbre e iniciar la lucha arrollando, cuando menos metafóricamente, cualquier obstáculo que los enfrente. Era una novedad absoluta, pero para su desconsuelo los aplausos no se traducían en votos: el entramado clientelar y el fraude electoral eran demasiado fuertes.

Al «descuaje» del caciquismo que ofrece Primo de Rivera, Basilio se adhiere entusiasta, igual que otros agrarios dispuestos a sufrir un paréntesis autoritario con tal de derrotar al turno. Lo diferencial es que mantiene su apoyo cuando ya la experiencia agoniza. Pero hace más. Se reúne con rey y dictador, los alaba públicamente, defiende la ley de redención foral de 1926, glorifica la aventura colonial marroquí, habla maravillas de Franco y Millán-Astray... y hasta acepta ser hijo predilecto de Ourense propuesto por la Unión Patriótica y la Diputación. No es un giro con posturas anteriores: es una rectificación *a radice* que nunca le perdonarán. Y aún tiene tiempo de ver nacer a su segunda hija —el mismo año, 1927, que la Iglesia le yergue su suspensión, quizás para celebrarlo—, de cursar la carrera de abogado y de ejercer, con éxito, en sus primeros juicios. Simplemente espectacular.

Pero nada de esto le impedirá dar un enésimo viraje y, sin autocrítica alguna, participar convencido en la aventura de la II República aliado al Partido Republicano Radical de Lerroux, otro populista de libro ahora amaestrado. Gracias al clientelismo y al fraude electoral que antaño denunciara, consigue salir diputado en 1931 y en 1933. En el Congreso se demuestra hiperactivo e independiente: vota en contra del sufragio femenino y del divorcio, busca la mejor relación posible entre Iglesia y República, apoya el Estatuto gallego, defiende los intereses de la tierra —ferrocarril, industria naval, restricciones a la importación de carne congelada—, critica la deriva izquierdista de Azaña..., pero acaba desmarcándose de Lerroux por su alianza con la CEDA. No podían faltar, ahora tampoco, sospechas de falta de ética, y se le acusa de aceptar, como miembro del Tribunal de Garantías Constitucionales, sobornos en la elección del secretario. Genio y figura...

Por una vez, en julio de 1936 Basilio no cambia de chaqueta. Demuestra que su apoyo a la República era sincero y marcha al exilio bonaerense. Va con su hijo, sus nietos, su hija y la madre de ésta, con la que incluso se casa. Sin un duro, sobrevive gracias a las ayudas de los gallegos del exterior, sobre todo de unos nacionalistas con los que siempre hiciera buenas migas —Castelao, Blanco Amor—. Hemipléjico y sin casi poder hablar, una tortura para alguien que hiciera de la palabra su aliada, muere en los EE.UU. Desaparece el hombre y nace la leyenda. Ahora Miguel Cabo lo ha devuelto a la historia.

XOSÉ RAMÓN VEIGA

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

ORCID: 0000-0003-0775-2582